CONFERENCIA VIGÉSIMA NOVENA.

Las tres Cruces.

Videbit semen longævum; et voluntas Domini in manu ejus dirigetur; et fortium dividet spolia pro eo quod tradidit in mortem animam suam et cum sceleratis reputatus est.

Él tendrá una descendencia inmortal y la voluntad del Señor se cumplirá por sus manos; él distribuirá los despojos de los fuertes, por que se entregó á la muerte fué confundido con los criminales.

(Is. 53.)

Entre las circunstancias que acompañaron la muerte del Redentor se hace notar el odio brutal de los Judíos, que no omitieron medio alguno para que esta muerte fuese, no solo la mas cruel, sino tambien la mas infame de todas, á fin de que el oprobio que le habia de resultar de ella cambiase las disposiciones de los que habian admirado su vida, y de esto modo el nombre y la memoria de Jesus de Nazaret fuesen olvidados para siempre.

Ved aquí por que, no contentos con haber arrancado, con sus gritos y sus amenazas, á la debilidad de Pilatos la inícua sentencia que condenaba á Jesus á la cruz, género de muerte que reunia en el mas alto grado una profunda ignominia y un dolor inmenso, quisieron que dos insignes malhechores fuesen conducidos al suplicio con él (*Luc.*), y que en el Calvario estos dos famosos criminales fuesen colocados uno á la derecha y otro á la izquierda, y Jesus en medio de ellos, como el mas criminal de todos. (*Matth. Joann.* 1. *Bonav.*)

Mas, ¡o ceguedad de los Judíos! dice S. Juan Crisóstomo. Ellos creen saciar con este ultraje su odio contra Jesucristo, y no hacen otra cosa que contribuir á la ejecucion de los grandes designios de Dios. Ellos creen cubrir de infamia al Salvador; y, sin saberlo, cumplen una grande profecía (1). Isaías habia anunciado en términos

(1) Inviti, etiam in hoc, Judæi prophetiam implent. Quæ enim illi ad ignominiam faciebant, his veritas implebatur. (*Hom.* 84. *in Joan.*)

muy claros que el Mesías debia de sufrir la muerte en medio de dos criminales, añadiendo: Que su sangre demarrada le daria una numerosa posteridad, y que la infamia de ser crucificado entre dos malhechores contribuiria á hacer conocer mejor la virtud de su gracia y la estension de su imperio: *Videbit semen longævum; et voluntas Domini in manu ejus dirigetur; et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.*

¡Admirable conducta de la sabiduría de Dios! Los Judíos crucificaron al Salvador con este aparato infamante, persuadidos, dice Teofilacto, de que viéndole el pueblo asociado á dos criminales le juzgaria tanto ó mas criminal que ellos, y que la identidad del suplicio haria creer que todos tres estaban manchados con unos mismos crímenes (1). Y sin embargo esta circunstancia, que añadió tanta ignominia á la muerte del Redentor, la hizo al mismo tiempo mas gloriosa; y los Judíos en vez de empañar su inocencia no hicieron otra cosa que manifestar la certeza de su mision y hacer mas visible su dignidad. Tal es el asunto que debemos meditar en el dia de hoy; quiero decir la grandeza, el poder y el imperio de Jesucristo, probados y hechos sensibles en el misterio de las *tres cruces*, precisamente por la circunstancia de haber sido crucificado entre dos ladrones: *Et voluntas Domini in manu ejus dirigetur; et fortium dividet spolia, por eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.* Entremos pues sin mas preámbulos en la consideracion de este misterio, tan glorioso para Jesucristo, como precioso y edificante para nosotros, misterio cuyo estudio reclama toda nuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Dos cosas eran necesarias para que la muerte de Jesucristo fuese útil y nos alcanzase la salvacion: la primera que muriese sin pecado, porque si hubiera sido condenado por alguna culpa personal, aun la mas leve, su muerte hubiera sido un castigo merecido, y no un sacrificio; él no hubiera podido entonces satisfacer por los hombres, porque hubiera tenido necesidad de satisfacer por sí mismo. La segunda condicion para que su muerte fuese saludable, era que la

(1) Ut homines pravam oponionem contra eum conciperent, quod et ipse latro et maleficus esset. (*In Marc.*)

sufriese como uno de nosotros, es decir como criminal y como pecador, porque nosotros somos pecadores y criminales. En efecto, sino hubiera tenido semejanza alguna esterior con los pecadores, hubiera sido absolutamente estraño á ellos, y se hubiera encontrado incapaz de representar su estado, sus crímenes y su condenacion. Se necesitaba pues que esta víctima santa, inocente y pura, fuese inmolada como si hubiese sido culpable de todas las iniquidades del mundo; que el sacrificio voluntario del Mesías pasase á los ojos de los hombres por un castigo merecido, que apareciese criminal sin serlo, y que sufriese al parecer con justicia una muerte, que solo sufria por un esceso de su caridad infinita.

Pues bien, el Hijo de Dios, la sabiduría infinita, tiene muy presente esto cuando consiente ser confundido en su muerte con dos criminales. Porque fué bastante á los ojos de la ciega multitud para mirarle como culpable, verle asociado á los dos insignes malhechores, cuyos crímenes eran públicos y notorios, ver que su cruz estaba colocada entre las cruces de ellos, y que espiró sin que Dios hiciese ningun milagro para librarle.

¡Qué misterio tan profundo se encierra en estas tres cruces! Por lo mismo que la cruz de Jesucristo está colocada entre las cruces de los dos ladrones, que el Santo por escelencia está confundido con los criminales y muere como uno de ellos, estamos ciertos de que muere por los pecadores. Haced desaparecer las cruces de los criminales que figuran á los dos lados de la cruz del Salvador, y al momento este gran misterio se desvanece ó se oscurece. Si esta circunstancia, anunciada con tanta claridad y ligada tan evidentemente con el motivo de su muerte, hubiera faltado, el mérito de sus sufrimientos hubiera permanecido en cierta manera dudoso; pero esta misma circunstancia, junta con la de su inocencia, probada de una manera jurídica y reconocida públicamente, asegura á Jesucristo uno de sus principales caractéres. Lejos de hacerle semejante á los criminales en cuya compañía muere, le hace conocer por el Redentor que ha venido á justificarlos con el precio de su vida; ella prueba que en él se cumplen los designios misericordiosos del Padre comun por la salvacion de los hombres, y le proclama verdadero Mesías y Salvador del mundo: *Et voluntas Domini in manu ejus dirigetur; et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.*

Mas al mismo tiempo que el misterio de las tres cruces muestra claramente en Jesucristo al Salvador de los hombres, y patentiza

este augusto carácter de su persona, nos da á conocer igualmente la eficacia prodigiosa de su gracia.

En efecto, uno de los criminales que estaban crucificados con Jesus, él que estaba colocado á su izquierda, comenzó á blasfemar de él, desde el instante mismo en que la cruz del Salvador fué elevada al lado de la suya, y le decia: ¿Cómo hemos de creer que tú eres el Mesías? ¿Si lo fueras en realidad, no te salvarias á ti mismo y á nosotros? Mas supuesto que no nos salvas, ni te salvas á ti mismo, no es cierto que tú eres el Mesías: *Unus autem de his, qui pendabant, latronibus, blasfemabat eum, dicens: Si tu es Christus, salvum fac temetipsum, et nos* (Luc.). Por el contrario el otro malhechor, llamado Dimas, como nos lo enseña la tradicion, y que se hallaba colocado á la derecha del Salvador, indignado de oir al compañero de su suplicio insultar así al Señor moribundo, reprende á este miserable diciéndole: « Cómo, estando condenado al mismo suplicio que él, no temes provocar la ira de Dios, uniéndote á ese pueblo impío para insultar al crucificado? *Respondens autem alter increpabat eum, dicens: Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es.* (Ibid.) Nosotros que somos culpables padecemos con justicia; nuestro suplicio es el castigo de nuestras malas obras; pero no puede decirse lo mismo de este. Enclavado en la cruz como nosotros, no lo está por la misma causa; él sufre esta pena sin haber cometido ningun crímen, así como la sufre sin impacientarse: *Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus: hic verò nihil mali gessit.* (Ibid.) » En seguida volviéndose á Jesus, con la frente humillada, los ojos bajos, la voz suplicante y el corazon contrito, le dice: « Señor, acordáos de mí cuando llegueis á vuestro reino: *Et dicebat ad Iesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.*

¡O palabras admirables! ¡o súplica afectuosa! Desde luego, al reconvenir Dimas al mal ladron por su falta de temor de Dios, *Neque tu times Deum*, prueba claramente que él ha abierto ya su corazon á este santo temor, principio de la verdadera sabiduría y de la salvacion eterna, que forma los penitentes y corona los justos. Él no se contenta con tener este temor divino, sino que procura inspirarlo tambien á su compañero, y con esta intencion le reprende y le instruye. Él desea que el que en otro tiempo fué cómplice de sus crímenes, y que sufre al presente la misma pena, pueda asociarse tambien á su penitencia; y aun cuando él no sea todavía mas que penitente, ejerce el ministerio de apóstol y de misionero. Tan cierto

es que el celo por la conversion de los demás es una señal positiva de la sinceridad de nuestra propia conversion.

Pero observad cuán perfecta es la del buen ladron. En efecto, cuando pronuncia estas palabras : « Nosotros padecemos justamente, *Nos quidem juste,* » formula un acto de verdadera contricion. Cuando despues añade : « Nosotros recibimos la pena debida á nuestros crímenes : *Digna factis recipimus,* » hace una confesion pública, humilde y llena de dolor, de toda su vida criminal. Al decir el mal ladron á Jesucristo : « Si eres verdaderamente el Mesías, sálvate á ti mismo y á nosotros : *Si tu es Christus, salvum fac temetipsum, et nos,* » deja conocer claramente que pide un milagro que le libre de la cruz, y no la gracia que borre sus pecados ; que no son sus crímenes los que él detesta ; sino el castigo que sufre ; que no tiene dolor alguno de haber ofendido á la bondad de Dios, sino que se irrita contra la justicia de los hombres que le castiga ; en una palabra, que todos sus pensamientos están concentrados en la vida del tiempo, y que no se inquieta por la vida de la eternidad. El buen ladron, por el contrario, manifiesta, no menos por la espresion de su rostro, que por la sabiduría de sus palabras, que, imágen fiel y verdadero modelo de los penitentes, acepta su castigo con una humilde paciencia y una piadosa resignacion, y desea que sus padecimientos sirvan para expiar sus crímenes ; él hace ver que reconoce en el suplicio de la cruz, á la que los hombres le han condenado, un castigo de la justicia de Dios, demasiado leve en comparacion del que cree y confiesa haber merecido ; él prueba finalmente que no se ocupa de su cuerpo, que solo suspira por su alma ; que no desea vivir, sino asegurar su salvacion eterna, y que no espera esta gracia de sus propios méritos, sino de la bondad de Jesucristo ; esta es la causa por que se vuelve hácia él y se une á él con los lazos de una fe viva, de una humilde confianza, de un dolor sincero y de una caridad admirable. Sin embargo, el buen ladron, aunque ocupado totalmente de su alma, manifiesta el mayor celo por la gloria de Jesucristo. De este celo nos da una prueba cuando pronuncia contra su compañero, que blasfemaba del Salvador, esta reconvencion severa : « Tú tampoco temes á Dios, » porque con estas palabras reconoce que Jesucristo es agradable á Dios, de modo que el que le insulta atrae sobre sí las venganzas del cielo ; él confiesa al mismo tiempo que Jesucristo es Dios, que castigará muy pronto las blasfemias del ladron impenitente con suplicios eternos. Cuando despues añade que Jesucristo no tiene culpa alguna,

proclama su santidad ; y finalmente cuando le dirige esta tierna súplica : « Señor, acordáos de mí cuando llegueis á vuestro reino, » publica su soberanía y le reconoce Señor omnipotente de un reino celestial, espiritual y divino, que principia en la muerte y dura por toda la eternidad.

¡ Que fe tan ardiente se descubre en esta confesion del venturoso Dimas ! Los santos Padres no se cansan de admirarla ni de elogiarla. S. Juan Crisóstomo dice que el buen ladron fué una de esas almas escogidas de quienes el Señor habia dicho : Bienaventurado aquel que no se escandalice de mis ignominias y de mis dolores ; *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.* (Matth. 11). En efecto, él ve á Jesucristo clavado en la cruz, y le suplica, como si le contemplara sentado sobre su trono en los cielos ; él le ve condenado al suplicio mas infame, y le invoca como al rey y soberano del universo ; él le ve en medio de las humillaciones y de los tormentos, y le adora como si le deslumbrasen los rayos esplendentes de su gloria.

¿ Puede verse una cosa mas grande que este pasaje del Evangelio ? esclama S. Bernardo. El buen ladron implora el auxilio de un crucificado que al parecer necesita él mismo de socorro, y tiene una firme confianza de que lo alcanzará ; y al mismo tiempo se siente animado del mayor amor y de la mayor ternura respecto á Jesucristo, supuesto que no tiene otro deseo que el de unirse á él (1).

Dimas, observa S. Leon, no habia visto los milagros que el Redentor habia obrado durante su vida, y mucho menos pudo ver los que obró despues de su muerte ; y sin embargo él reconoce á su Señor en un hombre que es su compañero en el suplicio, y él invoca á su Salvador en la persona de un criminal que muere como él. (*Serm. IV de Pass.*)

Finalmente, S. Agustin dice á este propósito : « Los apóstolos vacilan en la fe de Jesucristo, sin embargo de que habian visto á los muertos salir á su voz de la tumba. El buen ladron le ve pendiente de un patíbulo afrentoso, y sin embargo cree en él (2). Lo que da mas dolor aun á esta confesion es que Dimas es el único que la hace. ¡Cosa sorprendente en verdad ! Mientras que los sacerdotes,

(1) Fiducialiter sperat auxilium ab eo, qui auxilio videbatur indigere. Quis autem petit hoc quod non sperat ? Amat vero eum cui conjungi desirat. (*Tract. de Pass.*)

(2) Titubaverunt qui viderant mortuos suscitantem ; credidit qui videt in cruce pendentem.

los ancianos y el pueblo le condenan unánimemente como culpable, Dímas le proclama santo é inocente; mientras que todos le maltratan como á un esclavo, él le reconoce por su Señor; cuando todos le insultan como al mas inícuo de todos los hombres, él le pide gracia como á su Dios. Todos blasfeman de él, él solo publica sus alabanzas; todos le acusan, él solo le defiende; todos le desprecian, él solo le adora (1). »

Recordemos sin embargo, dice S. Leon, que esta conversion tan pronta, esta penitencia tan sincera, esta fe tan viva, este celo tan generoso, tan puro y tan ardiente fué en el buen ladron obra de Jesucristo, y que la súplica de Dímas le habia sido inspirada por el Salvador mismo, que le dió en seguida la respuesta, y le aseguró que su fe seria recompensada. (*Serm. IV de Pass.*)

¡O milagro estupendo del poder del Redendor! ¡o fuerza inefable de su gracia! ¡o luz preciosa de su fe! Ved aquí un hombre, prosigue S. Leon, que entregado al crímen hasta el dia en que fué puesto en la cruz, se mudó de repente y se hizo, no solo un penitente ilustre, sino tambien el primer profeta, el primer evangelista, el primer mártir y el primer confesor de Jesucristo; porque sin temor y sin respeto humano desde su cruz publica delante de todo el pueblo la inocencia, la santidad, el poder, el imperio y la divinidad del Salvador (*Serm. II de Pass.*).

No puede en efecto imaginarse un espectáculo mas admirable ni mas edificante para nuestra fe que este cuadro en el que vemos á nuestro Salvador desplegando en medio de las injurias, de las afrentas, de los tormentos acumulados sobre el hombre, ese poder de Dios que penetra el espíritu y le ilumina, que toca el corazon y lo muda, que manda las voluntades rebeldes y las subyuga, que habla con la voz interior de la gracia á las almas mas insensibles que las rocas y las convierte en fieles hijos de Abrahan; y que cubierto de oprobios manifiesta lo que es, y dándose á conocer se hace adorar.

¡Y vosotros, o Judíos, cuán insentatos y estúpidos habeis sido en colocar su cruz en medio de las de dos malhechores! Vosotros habeis querido deshonrarle de ese modo, pero lo único que habeis conseguido es haceros ejecutores de los designios de su sabiduría, supuesto que le habeis proporcionado la ocasion de ejercer su misericordia sobre un desgraciado, de hacer descender el perdon sobre el

(1) Domine memento mei. Beatus latro adstantes docebat, talia disserens, quibus alium increpabat. (*S. J. Chrysost.*)

alma de un penitente, de colocar una corona en la cabeza de un mártir, y de adquirir un fiel que cree en él, un apóstol que anuncia su fe y un adorador que le tributa sus homenajes. De modo que esta circunstancia os manifiesta claramente que la voluntad omnipotente de Dios está en Jesucristo y con Jesucristo, y que él mismo es Dios: *Et voluntas Domini in manus ejus dirigetur.*

Pero Señor, el criminal arrepentido, que acaba de presentaros una peticion tan humilde, espera vuestra respuesta; hablad, Señor; ¿le oiréis, ó seréis insensible á su súplica? ¿Le acogeréis, ó le desecharéis? ¿Será salvo por vos y con vos, ó maldito lejos de vos? Hacedle saber, Señor, vuestra decision; de esta respuesta en el tiempo depende su destino en la eternidad. Pero ¿qué digo? ¿cómo puedo dudar ni temer? Cuando un pecador, por horrible que sea la lista de sus crímenes, se dirige á Dios con el espíritu humillado, el corazon contrito, y la confusion en el semblante, y hace una confesion sincera de sus culpas, es imposible que sea desechado y que el tierno y misericordioso Jesus no le oiga: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies.* (Ps. 50.) ¡O Jesus bueno y misericordioso! En este momento se hallaba en el colmo del dolor y en medio de su agonía; sin embargo apénas el buen ladron hace llegar á los oidos y mas aun al corazon del Hijo de Dios su humilde y confiada súplica, cuando Jesus volviendo hácia él su rostro adorable, y echando sobre él una mirada de compasion, le dice con un tono de dulzura y de bondad divina: « No temas, yo te prometo, yo te juro que hoy, sí, hoy mismo serás conmigo en el Paraíso: *Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso.* (Luc.) »

¡O promesa consoladora! esclama en este lugar S. Amadeo ¡Oh! ¡cómo la misericordia divina se apresura á salir al encuentro al pecador arrepentido que vuelve hácia Dios! No bien ha acabado el buen ladron de suplicar á Jesus, cuando Jesus le oye, le recibe y corona sus deseos. (*De bono latr.*) « ¡Oh! ¡cuán bueno es Jesus, esclama S. Bernardo, cuán amable es! Él ha querido probarnos con la respuesta que dió al nuevo convertido, que siempre está tan pronto para oir, tan pronto para prometer, y tan pronto para conceder. » ¿Quién podrá pues desesperar, añade el mismo santo, de un Salvador que escucha con tanta bondad las peticiones que se le hacen, que se muestra tan pronto para acogerlas y tan generoso para concedarlas? (*Tract. de Pass. Dom.*)

Observad igualmente, dice S. Ambrosio, que Dímas solo pidió á Jesus que se dignase acordarse de él: *Memento mei.* Creyéndose

en su humildad indigno de todo, no se atreve á pedir ninguna cosa mas, y Jesus le concede mucho mas de lo que le pide. Esto consiste en que el tierno Jesus concede siempre mas de lo que se le pide. El buen ladron se cree en el colmo de la ventura si puede obtener lo que desea, un solo recuerdo de Jesus en su reino, y el amable Salvador le concede al momento la posesion de este reino, y le promete hacerle resucitar con él en el Paraiso, porque la sociedad de Jesucristo es la vida, y donde está Jesucristo, allí está tambien la bienaventuranza y el reino (1). Notad por otra parte, añade S. Juan Crisóstomo, la celeridad de la operacion divina: el buen ladron pasa en un momento del suplicio al Paraíso, y cambia en un momento la cruz por el cielo (2).

¡Qué palabra tan bella y tan consoladora: Conmigo, *Mecum*! Por ella ha querido decir el Señor al malhechor convertido: Cuando se consume hoy el sacrificio que yo hago, y al que tú te has asociado por tu fe y por tu arrepentimiento, tú serás el primero que participe de sus frutos. Tú serás como mi compañero de armas, mi escudero y mi heraldo, que despues de haber combatido á mi lado deberás triunfar y reinar conmigo. » Teofilacto dice en este lugar, que á la manera de un rey, que al volver victorioso de la guerra, hace llevar en pos de sí los mas ricos despojos del enemigo para adornar con ellos su marcha triunfal; así Jesucristo, al salir de esta vida vencedor del pecado, lleva consigo al Paraíso el alma del buen ladron como un monumento insigne de la salvacion eterna concedida á los pecadores arrepentidos, del poder de la gracia, del exceso de su misericordia y del cumplimiento de su redencion, á fin de regocijar con esta vista á las almas de los patriarcas, y de honrar su propio triunfo. (*In Luc.*) S. Juan Crisóstomo, dirigiéndose al buen ladron le habla en estos términos: « ¡O hombre afortunado! o hombre diestro! ni aun pendiente de la cruz has olvidado tu antigua profesion de ladron, pues que en pocos instantes has conseguido arrebatar el reino eterno (3). » Es decir que habiendo proclamado el Señor que el reino de los cielos es la conquista de los fuertes, y que los violentos son

(1) Uberior est gratia quam precatio. Semper enim Dominus plus tribuit quam rogatur. Ille rogabat, ut memor esset; de Domino autem sequitur: Hodie mecum eris in Paradiso. Vita est enim esse cum Christo; et ubi Christus, ibi regnum. (*In Luc.*)

(2) Attende celeritatem: à cruce in cœlos, à condemnatione in paradisum. (*In Luc.*)

(3) Neque in cruce artis suæ oblitus, prædatus est regnum! (*Loc. cit.*)

los únicos que le arrebatan, (*Matth.* 11.) el buen ladron nos ha enseñado con su ejemplo, que la fe, la humildad, el arrepentimiento, el celo y la caridad son otros tantos actos de la violencia que es necesario usar para hacer esta conquista.

Profundizando S. Leon el sentido de esta palabra memorable, de esta magnífica promesa del Señor: « Hoy serás conmigo en el Paraíso, » dice: observad que este nuevo modo de hablar y de prometer es superior á las condiciones de la humanidad; que el que habla y promete así, da á conocer demasiado que no es un simple mortal, y que esta gran promesa no desciende de la cruz de un sentenciado, sino del trono del mismo Dios. (*Serm. II de Pass.*) Es claro por consiguiente que esta palabra, como todas las que pronunció el Señor en la cruz, tiene una significacion mas estensa que parece, y que dirigida entonces á un solo hombre, lo es tambien á todos los pecadores que se encuentran con las mismas disposiciones que el buen ladron, y que se hallan animados de los mismos sentimientos.

Efectivamente, el Paraíso terrenal, dicen los santos Padres y los intérpretes, fué la figura del Paraíso celestial. El querubin que Dios colocó á la entrada del Eden, como dice la sagrada Escritura, y que armó con una espada fulminante para prohibir la entrada á todos, despues que Adan y Eva fueron arrojados de él, fué el símbolo sensible del funesto decreto dado por la justicia de Dios, que desde aquel instante desterraba para siempre del cielo á Adan y Eva y á toda su descendencia. La prueba de esta verdad, observa S. Juan Crisóstomo, es que no se encuentra en el antiguo Testamento ningun pasaje en que el Paraíso del cielo fuese prometido á hombre alguno despues del destierro de Adan del paraíso de la tierra (1). Así pues, al prometer el Señor desde su cruz recibir hoy al buen ladron en el Paraíso, ha anunciado solemnemente que el cielo, simbolizado en el Eden, se hace desde este momento accesible á los hijos de Adan; que la cruz abrió sus puertas y preparó el camino, y que, segun la espresion del Apóstol, el fatal decreto que desterraba para siempre al género humano del reino de los cielos, se abrogó definitivamente para todos aquellos que, con una fe viva, un arrepentimiento sincero y un amor ferviente, se uniesen y se incorporasen á Jesucristo. (*Rom.* 8.)

(1) Nusquam apparet paradisum promissum, postquam ejectus est Adam. (*De Cæco nato.*)

Así pues, prosigue S. Juan Crisóstomo, el demonio desterró del Paraíso en la persona de Adan al verdadero ladron que habia procurado robar la ciencia y la unidad de Dios, y Jesucristo vuelve al Paraíso, en la persona del ladron convertido, á Adan y á toda su posteridad. (*Serm. de Parasc.*)

¡Oh! ¡cuán tierno y consolador es este misterio! Las palabras que el Redentor pronunció desde su trono de dolor fueron su último testamento, ese testamento de amor, del que dice S. Fulgencio que el Señor lo escribió con el madero de su cruz y lo firmó con su sangre. Por la primera cláusula de este testamento precioso habia asegurado el perdon al arrepentimiento; por esta segunda promete ahora y ofrece el reino mismo de su gloria al que lo busque y lo pida; él nos llama á todos á tomar parte en su herencia, como si fuésemos verdaderos hijos de Dios: *Si filii et hæredes;* de modo que ahora que el Paraíso está abierto á un malhechor, no puede cerrarse al mayor pecador si se halla verdaderamente arrepentido.

Las tres cruces del Gólgota nos anuncian otro misterio no menos profundo, que nadie comprendió cuando fueron elevadas. Ellas nos patentizan, dice S. Agustin, el misterio de las tres condiciones de todos los hombres en general, y de el mismo Jesucristo: *Tres cruces, tres causæ.* Sola la cruz de Jesucristo es santa; las otras dos son dos títulos de criminales. Aquí se presenta á nuestros ojos esta importante verdad; á saber: Que solo Jesucristo es santo, puro é inocente por sí mismo; qué el solo posee la virtud y la gracia, y que los hombres, comparados con él, son todos culpables, todos manchados ó por el pecado de orígen, ó por los pecados actuales, y por consiguiente todos dignos de castigo (1).

Los dos criminales que asisten y toman parte en el mismo misterio forman de él un juicio muy diferente, y deducen consecuencias opuestas. El primero reconoce en Jesucristo un Dios que puede salvar á los demás; el segundo no ve en él mas que un hombre, impotente para salvarse á sí mismo. El uno recurre á esta fuente de gracia; en ella la recibe y dispone su alma á la salvacion eterna. El otro la desprecia, la pierde y se hace él mismo el autor de su condenacion. Este disentimiento de los dos ladrones con respecto á Jesucristo, dice S. Ambrosio, espresa de una manera clara la divergencia de las opiniones humanas relativamente á la verdadera religion (2).

(1) In quo omnes peccaverunt. (*Rom.* 5.)

(2) Quorum dissentio diversitatem pariter credentium significat. (*In Luc.*)

La doctrina de Jesucristo, anunciada por todas partes, es conocida por todas partes con mas ó menos claridad. Este Dios Salvador no es ignorado en ningun rincon de la tierra; pero ¡ay! ¡de qué maneras tan diferentes es conocido! Los unos creen en Jesucristo, le reconocen, le adoran, le obedecen, recurren á él como al orígen de la gracia, la reciben de sus manos, se aprovechan de ella y se salvan. Los otros rehusan creer en él ó creen mal, le resisten, le rechazan, le desobedecen, permanecen en su pecado y se pierden para siempre.

A los ojos del mundo, todos los hombres están clasificados por una multitud de diferencias fundadas en el nacimiento, en la edad, en el sexo, en la condicion, en el país, en el idioma, en la profesion, en el empleo y en la dignidad. Mas á los ojos de Dios no existe otra diferencia entre los hombres que la de buen grano ó cizaña, la de ovejas débiles ó cabritos, la de justos ó pecadores. Cada uno de nosotros pertenece necesariamente á una de estas dos grandes categorías, porque no hay ningun estado neutral.

En este mismo auditorio, compuesto de cristianos de los dos sexos, los unos son ricos y los otros son pobres; los unos instruidos y los otros ignorantes; estos son romanos y aquellos estranjeros; estos cubiertos de harapos y aquellos con un lujo deslumdrador; estos condecorados con títulos pomposos, y aquellos desconocidos y sepultados en una absoluta oscuridad. Pues bien, todas estas distinciones no tienen valor alguno delante de Dios, todas estas distinciones accidentales desaparecen á su vista. A los ojos de Dios, no hay aquí mas que Abel inocente ó Caín homicida, Jacob lleno de candor ó Esaú cubierto con una máscara, David humilde ó Saul orgulloso, Naboth piadoso ó Acab sacrílego, Abigail honesta ó Betsabée adúltera, María compasiva ó Jezabel sanguinaria, palomas ó gavilanes, ovejas ó lobos, justos ó pecadores, candidatos del cielo ó novicios del infierno. Y si el velo que cubre el misterio de la conciencia humana llegara á descorrerse, ¡ay! ¡cuán pocos de mis oyentes se verian á la derecha de la cruz de Jesucristo para confesar su divinidad á ejemplo del buen ladron, para arrepentirse como él, implorar su perdon, solicitar su gracia, participar de su amor y esperar sus recompensas! Por el contrario, se veria el mayor número á la izquierda de Jesucristo, negarle como el ladron impenitente, blasfemar de él, insultarle, cansar su paciencia y hallarse próximos á recibir el último castigo! ¡Ah! esforcémonos, hermanos mios,

para separarnos de la compañía del mal ladron y detestar su crímen, á fin de evitar su condenacion.

¡Cuán diferente es el fin de los dos criminales crucificados con Jesucristo! En tanto que el arrepentimiento abre el Paraíso al buen ladron, la ceguedad voluntaria, la obstinacion, el endurecimiento y la impenitencia dilata los abismos del infierno para recibir al ladron blasfemo, sordo á las exhortaciones de su compañero, insensible al ejemplo de su conversion, endurecido contra las flechas amorosas y las suaves palabras de Jesucristo, despreciador de la gracia que el Salvador le ofrece y de que el buen ladron se aprovecha á su misma vista; él vivió impenitente, y muere con la blasfemia en los labios.

¡Gran Dios, cuán terribles son vuestros juicios! Ved aquí dos hombres crucificados en compañía de Jesucristo; los dos igualmente criminales, los dos pecadores, los dos testigos de la paciencia y de la mansedumbre del Redentor; los dos asociados á su sacrificio, comprendidos en su oracion, rociados con su sangre; y sin embargo el uno se convierte y se salva, y el otro se endurece y se pierde. ¡Y en qué tiempo, y en qué lugar se condena el desventurado! En el dia mismo en que la gracia corre á torrentes sobre la tierra; en el dia de la mas grande misericordia, de la mas escesiva bondad de Dios para con los hombres; á un paso de distancia de la cruz de Jesucristo, en torno de la cual todo respira perdon y amor; sí, él se pierde junto al árbol de la vida, donde no necesita mas que estender la mano para coger el fruto, cuando las llegas del Salvador son otros tantos asilos abiertos para recibirle, y cuando el Hombre-Dios muere por salvarle. ¡Ay! ¡quién no temblará! Si el ejemplo del buen ladron se nos ofrece para que ninguno se abandone á la desesperacion, el del mal ladron se nos da para que ninguno se deje cegar por la presuncion. Si el primero nos muestra que el mayor pecador puede convertirse en un instante, el segundo nos hace ver que podemos perecer aun con las condiciones mas felices para salvarnos.

¡Ejemplo terrible que no podrá meditarse demasiado! Si podemos perecer cuando oimos la voz de Jesucristo, cuando este tierno Salvador nos pone, por decirlo así, su gracia en las manos sin que necesitemos ir á buscarla, ¿qué será si esta voz divina llega á enmudecer, si esta gracia por tanto tiempo despreciada se retira y se oculta? Si puede el hombre perecer en el Calvario mismo, en el sentuario de la divina misericordia, y por decirlo así, en los brazos

mismos de Jesucristo, ¿qué será de aquellos que, sumergidos en la corrupcion y en los escándalos del siglo, frecuentan los lugares públicos mas que los lugares de retiro, los teatros mas que las iglesias, y los festines mas que los sacramentos? Si puede el hombre perecer junto á la cruz, ¿qué será de los que, no solo viven retirados de ella, sino que pertenecen á esa clase de cristianos de que habla S. Pablo, que por su molicie y su libertinaje, manifiestan en sí mismos una enemistad profunda, una horrible oposicion á la cruz? *Inimicos crucis Christi.* (Philip. 3.)

Sin embargo, si el fin tan diferente de los dos ladrones fué efecto de la diversidad de sus méritos, tambien lo fué del juicio de Jesucristo, y por consiguiente el misterio de las tres cruces sirvió tambien para manifestar solemnemente otro carácter, otra dignidad propia del Redentor.

El Mesías, segun los profetas, debia ser rey y juez al mismo tiempo, y estaba llamado á juzgar las naciones y los pueblos segun la equidad mas rigorosa y con una justicia severa é inapelable, supuesto que su padre le estableció juez de los vivos y de los muertos, de los justos y de los pecadores. (*Act.*) Pues bien, así como los Judíos, al coronarle de espinas, al cubrirle con un giron de púrpura y al ponerle una caña en la mano, le habian vestido con las verdaderas insignias de su soberanía, de la misma manera, al crucificarle entre dos criminales, le suministraron materia para su juicio. La inscripcion de la cruz anuncia que es rey; el puesto de honor que ocupa en medio de los otros dos prueba que es juez. Esta cruz así colocada, no es ya un patíbulo, dice S. Agustin, sino un tribunal elevado, desde el que sondea el Redentor los corazones de los hombres en el tiempo mismo en que sufre por ellos (1).

¡Cuán bello es en efecto, añade Teofilacto, contemplar entre dos criminales al Salvador que, como una balanza de la divina justicia suspendida en la cruz, pesa la fe y la infidelidad! ¡Cuán hermoso es ver á Jesucristo, reducido al estado de ignominia de un criminal, ejercer sus juicios como Dios, recibir al buen ladron que le confiesa, y desechar al mal ladron que blasfema de él; elegir al uno, y reprobar al otro; absolver al uno, y condenar al otro; abrir al primero las puertas del cielo, y repulsar al otro hasta el fondo del infierno! (*In Luc.*) ¡Cuán hermoso es ver á Jesucristo, agonizando

(1) Crux Christi in medio non fuit supplicium sed tribunal. (*In Joan.*)

sobre una cruz, manifestarse el dueño de la vida y de la muerte, el dispensador absoluto de la justicia y de la misericordia, el árbitro de la autoridad suprema sobre las almas, de la eternidad feliz ó desgraciada, recibir en su reino ó escluir de él á quien quiere, y cumplir en aquel momento este gran oráculo salido en otro tiempo de su boca : « Yo dispongo del reino para vosotros : *Ego dispono vobis regnum.* » (Luc.)

¿Y qué otra mano mas que la de Dios puede disponer la crucifixion de su Hijo de tal modo que el instrumento de su suplicio fuese el trono de su autoridad? ¿Qué otra mano mas que la de Dios pudo convertir en objeto de honor y de gloria el designio cruel que habian formado los Judíos de colmarle de ignominia y de oprobio? ¡Ah! ellos se lisonjeaban de que, crucificado Jesus entre dos ladrones, harian recaer sobre él la infamia de sus compañeros de suplicio; y sin embargo Dios establece una distancia infinita entre su causa y la de los malhechores que mueren con él. Los Judíos creyeron que esta esposicion infamante le haria reputar por un malhechor, mas culpable aun que los otros; y no hicieron otra cosa que elevarle infinitamente sobre los dos criminales, y constituirle sobre ellos como su Señor y su juez, que teniendo en sus manos el decreto supremo de Dios, divide los despojos de los fuertes, destina al uno á la vida, y entrega al otro á la reprobacion, y manifiesta de ese modo su divinidad, por la circunstancia misma de que ellos se sirvieron para hacerle mirar como si fuera aun menos que hombre : *Et voluntas Domini in manu ejus dirigetur; et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.*

En tanto que Jesucristo cumple así una profecía, hace él mismo otra, como observa S. Leon. El misterio que cumple con respecto á dos hombres solos es la figura profética del misterio que cumplirá un dia con todos los demás. Lo que él hace en la cruz, anuncia lo que hará en el juicio final; él elige dos criminales, el uno arrepentido y el otro impenitente, los cuales representan á todos los pecadores, á todos los hombres, supuesto que todos serán entonces divididos en dos clases, la una que comprenderá á todos los que hayan sido justificados por su gracia, y la otra compuesta de todos los que hayan muerto en pecado. Además, él hace colocar á estos dos malhechores, el uno á su derecha y el otro á su izquierda, para significar que en el juicio universal serán colocados los hombres

de la misma manera, los justos á la derecha y los pecadores á la izquierda (1).

¡Ay! ¡dónde seremos colocados nosotros en ese dia terrible! ¡Qué lugar ocuparemos en esa grande division del género humano! ¿Nos encontrarémos á la derecha, participando de la alegría de los justos, ó estaremos á la izquierda, cubiertos de confusion, y llenos de la desesperacion de los pecadores? ¡Ay, Señor! ilustrad nuestro espíritu; moved, convertid y cambiad ahora nuestro corazon. Inspiradnos desde este momento el deseo de separarnos de los pecadores, de vivir lejos de ellos, y de observar una conducta diferente de la suya. Separadnos desde este momento de esos cabritos manchados con todos los vicios. Concedednos un pequeño lugar entre las almas puras, piadosas y fieles, entre las ovejas dóciles. Que desde este dia vuestra mano misericordiosa nos haga pasar de la izquierda á la derecha, y nos conserve allí por toda nuestra vida, á fin de que la muerte nos encuentre en el mismo lugar, y que en el gran dia en que precipitaréis á los malditos lejos de vos en los fuegos eternos, nosotros tengamos la dicha de ser comprendidos y recibidos entre los elegidos en el gozo eterno : *Inter oves locum præsta, et ab hœdis me sequestra, statuens in parte dextra.*

SEGUNDA PARTE.

Además de la vida natural, que consiste en la union del alma con el cuerpo, el hombre verdaderamente cristiano posee tambien la vida espiritual, que consiste en la union del alma con Dios. Pues bien, así como hay en el mundo malhechores que quitan á los hombres la vida natural, así tambien los hay, y en mayor número, que arrebatan á los buenos cristianos la vida espiritual. En este auditorio mismo, bajo los vestidos mas elegantes, bajo los modales mas distinguidos, ¿quién sabe ¡ay! cuántos criminales de esta última especie se ocultan, que han arrebatado á los sencillos su fe, á los inocentes su virtud, á los justos su devocion, y que por consiguiente, si no han atentado á la vida corporal de sus hermanos, no han dejado de ser los asesinos de sus almas con sus discursos, con su conducta, con su enseñanza y con sus escándalos?

En este supuesto, ¿quién no conoce que estos criminales son mucho mas culpables, mas infames y mas odiosos á Jesucristo que los

(1) Ut ipsa patibuli specie monstraretur illa quæ in judicio ipsius omnium hominum est facienda discretio. (*Serm. IV de Pass.*)

dos ladrones que fueron crucificados con él? ¿O desventurados homicidas de las almas? ¡Ay! qué responsabilidad tan terrible pesará sobre vosotros ante la justicia de Dios! Sin embargo, no desmayeis; el ejemplo del buen ladron se os ha dado para evitar en vosotros la desesperacion, con la que tal vez pensais poner el colmo á vuestros crímenes.

Horrorizados de vuestros escándalos y de vuestros homicidios espirituales, decis tal vez interiormente: « Mi suerte está decidida, yo no puedo salvarme. En efecto, ¿cómo es posible que yo repare los muchos escándalos que he dado? Cómo puedo devolver á Jesucristo tantas almas como le he quitado? » Pero no, no hagais á Dios ese nuevo ultraje, y despues de haber insultado su justicia, no insulteis tambien, como Judas y Cain, su misericordia. La gracia, el perdon y la salvacion os esperan todavía. Basta con que formeis inmediatamente la firme resolucion de imitar al buen ladron en su penitencia, como le habeis imitado en sus estravíos. A los males estremos, remedios estremos. Vuestros pecados son enormes; pues bien, vuestra penitencia y vuestros sacrificios deben ser muy grandes. Animo pues; alejáos de las asambleas profanas, de los amigos seductores, de los compañeros pervertidos. Divorciáos del mundo; renunciad á los atractivos de los sentidos para ocuparos de la salvacion eterna de vuestra alma, y convertid de ese modo en una vida edificante y ejemplar una conducta que ha sido hasta hoy una piedra de escándalo para vuestros hermanos.

Si las fuerzas os faltan, si vuestro valor flaquea, si los respetos humanos os dominan, si el mundo os tiraniza y os retiene todavía, ved aquí tres medios que os harán triunfar. Se asegura, dice un santo Doctor, que el buen ladron se convirtió por la sombra de la cruz de Jesucristo; el sol hizo caer sobre el patíbulo de Dimas, colocado un pocos mas bajo á la derecha, la sombra de la cruz del Salvador, y esta sombra divina, reposando sobre el buen ladron y cubriéndole como con un velo de misericordia, iluminó y curó su alma, como despues la sombra de S. Pedro curó los cuerpos enfermos. (*S. Vicente Ferrer.*) Ved aquí pues lo que debeis hacer tambien vosotros, pecadores infortunados; vosotros debeis refugiaros á la sombra de Jesucristo, es decir, frecuentar las Iglesias donde este divino Redentor continúa en el augusto sacramento del altar, el sacrificio del Calvario; allí debeis pedirle que os cubra con la misericordia inefable que desde ese trono de amor derrama sobre todos los que se aproximan á él; debeis humillaros, y gemir é implorar la clemencia y el perdon, y de ese modo la gracia que convirtió al buen ladron os convertirá tambien á vosotros.

El buen ladron se convirtió, segun algunos doctores, no solo porque fué cubierto con la sombra de Jesucristo, sino tambien salpicado con su sangre, que saltando de sus heridas cuando sus manos y sus piés fueron atravesados violentamente con los clavos, fué á caer sobre Dimas; de modo que rociado con la sangre divina del Redentor, recibió como un bautismo de penitencia. Acercáos pues vosotros al sacramento de la penitencia y de la reconciliacion, en el que el mérito de la sangre que roció al buen ladron en el Gólgota salta verdaderamente sobre las almas, y la vuestra, lavada en este segundo bautismo, será purificada de todas las impurezas que la empañan y de todas las culpas que la desfiguran.

Finalmente el buen ladron debió su conversion, dice S. Bernardo, á la interecsion de la Santísima Vírgen, que de pié junto á la cruz, á la derecha de su Santísimo Hijo, pidió á Jesus por este criminal colocado tan cerca de ella. Recurrid pues vosotros á la mediacion poderosa, á la amorosa proteccion de esta tierna Madre de los pecadores arrepentidos, y ella os preparará el camino, ella os alcanzará la fuerza necesaria para caminar, y os conducirá por la mano hasta el corazon de Jesucristo, y renovará en vosotros el prodigio de su eficaz intercesion en favor de Dimas; lo único que se necesita es que ella encuentre en vosotros la misma sinceridad de corazon, la misma humildad de espíritu, el mismo deseo, la misma confianza, y el mismo anhelo por salvar vuestra alma.

Aceptad finalmente la cruz, á ejemplo del buen ladron; es decir aceptad las humillaciones, los trabajos y las penas que Dios se digne mandaros como justo castigo temporal de vuestros pecados. Sed humildes, resignados y penitentes. Anunciad á Jesucristo, con vuestros discursos y con vuestra conducta, á los compañeros de vuestros vicios, á las víctimas de vuestros escándalos; enseñadles el santo temor de Dios, y dedicáos con un santo zelo á hacerles volver al camino del cielo, así como en los ciegos arrebatos de un zelo diabólico les hicisteis estraviarse en los caminos del infierno. Finalmente no ceseis de pedir con humildad, confianza y fervor que el Redentor se acuerde de vosotros en el reino de su gloria, y asegure vuestra salvacion: *Domine, memento mei.* Perseverando en estos piadosos sentimientos, en estas prácticas de verdadera Religion, de verdadera

penitencia y de sincera piedad, tendréis tambien á la hora de la muerte el consuelo de encontrar en Jesucristo, aunque juez, un Salvador lleno de amor que os dirá : No temais ; hoy os recibiré en mi Paraiso : *Hodie mecum eris in paradiso*. Así sea.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA.

El Abandono, la Sed y la Consumacion.

Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos.

Habiendo amado Jesus á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(Joan. 14.)

Cuando el Hijo de Dios, yendo por la última vez á Jerusalen, anunció á sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad deicida, no designó de una manera clara quien habia de ser el que le diese muerte, sino que se limitó á decir : El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado : *Et filius hominis tradetur ut crucifigatur*. (Matth. 26.) ¿Y por qué obró así el Redentor ? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debia conducirle á la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesus fué entregado á la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traicion (*Matth.* 26) ; él lo fué igualmente por el odio de los fariseos (*Ibid.*) ; él lo fué por el furor de toda la nacion y de los sacerdotes (sus jefes (*Joan.*) ; él lo fué finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos. (*Ibid.* 19.) Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fué entregado por el grito de todos los pecados del mundo (*Rom.* 4), y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdonó ni aun su propio Hijo desde que le vió cubierto con el manto de pecador (*Ibid.* 8) ; y principalmente, ¡o tierno y delicioso misterio ! él fué como impulsado y arrastrado á la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó á inmolarse por nosotros. (*Ephes.* 5.)

Y precisamente para hacer ver que su bondad para con nosotros fué el principal móvil de su sacrificio, y que fué inmolado por las manos de la caridad, en la víspera de su muerte, dice el evangelista S. Juan, hizo brillar de una manera mas viva, mas tierna y mas

generosa el amor que nos habia manifestado durante su vida : *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* Ya hemos visto en efecto que estendido sobre la cruz, como en un lecho de ignominia y de dolor, cubierto de oprobios, saciado de amarguras y abrumado de tristeza, olvidado de sí mismo, no piensa mas que en nosotros. En las tres primeras palabras que pronunció desde la cruz alcanzó el perdon para los pecadores, abrió el Paraíso á los justos, y legó á los fieles por madre á su propia Madre. Este amor iba creciendo cada vez mas á medida que se acercaba la hora del último sacrificio, y en las palabras que pronunció despues, en las que se quejaba de su abandono, declaró que sentia una sed abrasadora, y anunció la consumacion del gran misterio, dejándonos prendas todavía mas preciosas, y pruebas todavía mas tiernas y mas patéticas de su caridad : *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* Esto es lo que debemos considerar en el dia de hoy en la esplicacion de estas inefables palabras, á fin de que formemos de una vez la firme resolucion de darnos enteramente á aquel que se dió todo á nosotros y que se sacrificó por nosotros : *In finem dilexit eos.*

PRIMERA PARTE.

Despues de haber dirigido la palabra Jesus á su Madre, elevando al cielo su rostro sagrado, sus ojos bañados en lágrimas, y mas aun su corazon, habla á su Padre, y con una voz fuerte y sonora le dice : « Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Y ¡qué! ¿el Hijo Eterno de Dios, consustancial á él, se halla abandonado por su mismo Padre en este terrible momento? No, dice S. Leon ; guardémonos de engañarnos en la intelligencia de estas palabras. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay sin embargo mas que una persona, la persona divina del Verbo, y esta no abandonó ni pudo abandonar la naturaleza humana á la que estaba íntima y sustancialmente unida. Pues bien, así como el Padre está en el Verbo y el Verbo en el Padre, (*Joan.*) así como la naturaleza humana de Jesucristo no se separó jamás de la persona del Verbo, así tampoco la persona del Verbo fué abandonada jamás por la del Padre, porque el Verbo no podia separarse del Padre. (*Serm. 16 de Pass.*) ¿Cuál es pues ese abandono de que se queja el Salvador moribundo, y cuál es ese misterio en el que Jesus nos prepara la última prueba de su amor?

Recordemos en primer lugar que estas palabras son las primeras del salmo veinte y uno. Pues bien, segun S. Gerónimo, al decirnos el Evangelista que el Señor pronunció en alta voz este primer versículo, quiso hacernos conocer que recitó el salmo entero desde la cruz.

David en este salmo profetizó y describió con la exactitud de un evangelista la historia entera de la Pasion, de la muerte, y de la Resurreccion del Mesías. Él anunció que el Salvador tendria las manos y los piés atravesados, y que sus vestidos serian repartidos entre sus verdugos, y su túnica inconsutil echada á la suerte. Él anunció con las mismas palabras los cargos que los príncipes de los sacerdotes habian de hacerle por colocar su confianza en el Señor, y la provocacion sacrílega hecha á Dios para que le librase de la cruz, como una prueba de que era su Hijo. Él vió en espíritu y consignó la particularidad de que todos los que viesen la cruz desde lejos le insultarian, y moverian la cabeza en señal de desprecio. Todas estas circunstancias se cumplieron á la letra mientras que Jesus estaba en el altar de su sacrificio. Por consiguiente, al recitar el Salvador este salmo, que lo sabian de memoria los Judíos y los sacerdotes que asistian á este espectáculo, y en el que sabian que estaban anunciados los sufrimientos y las glorias del Mesías, les obligó á recordar á pesar suyo una profecía tan importante, ofreciéndoles así un nuevo medio de conversion y de salvacion.

¿Y qué cosa mas á propósito en efecto para cubrirlos de confusion, para convencerlos, para ablandarlos y moverlos á penitencia? Él lanza en primer lugar una fuerte esclamacion; despues recita el salmo en que está anunciada la historia de lo que sucede en el Calvario en aquel momento, y guardando en seguida un silencio profundo les da tiempo y ocasion para reflexionar sobre el mismo salmo, para confrontar la profecía con los hechos, y observar la exactitud con que este gran oráculo se cumple entonces á su vista y por su ministerio. De este modo, con un artificio de amor divino, les llama á que reconozcan en el Crucificado, á quien insultan, el Mesías anunciado tantos siglos ántes, él los instruye sin amenazarlos, los convence sin reconvenirlos, y les hace conocer la enormidad de su crímen sin castigarlos. ¡O nuevo rasgo de misericordia, de bondad y de amor! El Redentor no cesa hasta el último instante de apiadarse de los Judíos sus matadores, de escitarlos al arrepentimiento y ofrecerles el perdon.

Al llamar Jesus á los Judíos á la verdadera fe con esta estrata-

gema de amor, confirma á los cristianos en esta misma creencia. En efecto, al recitar este salmo en unas circunstancias tan solemnes, nos manifiesta claramente que este salmo se refiere á él; que es una profecía de los padecimientos que sufria entonces en la cruz, y de los misterios que cumplia en ella, y por consiguiente borra el escándalo de sus dolores y de sus ignominias; él convierte las circunstancias mas humillantes para su persona y mas contrarias á su dignidad en otros tantos testimonios que atestiguan la verdad de su título de Mesías y de Redentor, y la de la religion cuyos fundamentos echaba entonces; y con este deseo de instruirnos y confirmarnos en la fe nos da hasta el fin pruebas cada vez mayores de su ardiente caridad: *Cùm dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos.*

El Redentor agonizando, dice S. Leon, nos ha revelado en estas palabras un sublime y patético misterio. Es muy cierto que interiormente y con relacion á la naturaleza divina, que hace que el Padre y el Verbo sean una misma cosa, el Padre no dejo ni pudo dejar á su divino Hijo; mas esteriormente y respecto á la naturaleza humana que el Verbo habia tomado de nosotros, parecia, observa S. Bernardo, que el Padre Éterno le habia dejado, supuesto que le puso en poder de sus enemigos, le entregó al furor de los hombres y de los demonios, á todos los oprobios, á todos los ultrajes, á todos los tormentos y á todos los horrores del suplicio de la cruz. Esta indiferencia aparente, esta negligencia en impedir con su omnipotencia y vengar con su justicia los bárbaros tormentos que hacian sufrir á su Hijo adorable, fué un verdadero abandono esterior y visible, y á este abandono aludia el Salvador. (*Tract. de Pass.*)

Sin embargo, segun S. Leon, al decir Jesucristo á su Padre: «¿Por qué me has abandonado?» No trata de quejarse, sino de invitarnos á reflexionar sobre el motivo de este abandono en las manos de los verdugos feroces y crueles; con esas palabras quiere decirnos: « Considerad atentamente la razon por que me veo abandonado así de mi Padre. Esto consiste en que llevo la librea de vuestros pecados, y en que soy vuestro verdadero Salvador. Este abandono no es efecto de mi miseria, sino de mi ternura, y lo sufro, no porque estoy privado del auxilio divino, sino porque me he ofrecido espontáneamente á morir sin auxilios por vuestro amor. (*Serm. XVII. de Pass.*)

En efecto, el Padre deja esteriormente á su Hijo en este triste abandono, porque Jesucristo fué clavado en la cruz en lugar nuestro,

porque se cargó con nuestros pecados y contrajo la obligacion de expiarlos, y porque en fin representa al viejo Adan, al viejo hombre, á quien debe destruir: *Vetus homo noster crucifixus est.* La humanidad entera, dice Rábano Mauro, habia sido abandonada por Dios á causa de su pecado; mas el Hijo de Dios se constituyó nuestro abogado, y en esta queja no hizo otra cosa que deplorar la desgracia de aquellos cuya culpa se encargó de expiar, probando de este modo cuanta razon tienen en llorar los que pecan, supuesto que el que jamás habia cometido ninguna falta no pudo dejar de gemir. (*In Matth.*) Por esta razon, añade S. Agustin, el grito desgarrador que lanzó el Salvador no es tanto una queja dirigida á su Padre, cuanto una instruccion preciosa é importante dirigida á nosotros.

¡Cosa admirable! Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, consustancial y coeterno con él, puro, inocente, sin la sombra siquiera de pecado, colmado de todas las riquezas de la santidad y de la gracia, y por consiguiente objeto único de las complacencias eternas de Dios; el hijo mas perfecto del mas perfecto de todos los padres. Sin embargo, porque se halla revestido, no por necesidad sino por amor, del vestido esterior del pecado, de la semejanza sola de pecador: *In similitudinem carnis peccati*, este Padre tan bueno no perdona á su hijo muy amado: *Proprio filio suo non pepercit.* Parece que aparta sus ojos de él; parece que se le hace odioso ó al menos indiferente; no tiene al parecer consideracion alguna con él, y le abandona. Pero si este es el tratamiento que el hijo se ve obligado á sufrir, ¿qué será de los siervos? Si este que solo tiene la forma esterior de pecador es castigado con tanto rigor, ¿con cuánto lo seremos nosotros, hombres de pecado que tenemos toda la malicia, todo el desórden voluntario y toda la corrupcion del pecado? ¡Ay! ¡cuán terrible debe ser este castigo! Por consiguiente, esta dolorosa esclamacion de Jesus: « ¡Dios mio! ¿por qué me has abandonado?» es menos una queja de los dolores que sufre que una advertencia sensible de los castigos á que nos esponemos por nuestros pecados.

Así pues, como lo hemos notado en otro lugar, los padecimientos del Redentor no solo fueron instructivos, sino tambien expiatorios para los hombres. Al colocarse en nuestro lugar, y al sufrir los males que debíamos sufrir nosotros, nos libró de ellos sometiéndose á este triste abandono. ¡Desgraciados de nosotros si el Hijo de Dios no hubiera consentido en ser abandonado así por su Padre!

Comprendedlo bien, cristianos, vosotros los que os abandonais á los vicios y á las pasiones, y que acumulais faltas sobre faltas con tanta tranquilidad y tanto descaro, vosotros sois un objeto de horror para Dios. El pecado de que no solo estais vestidos, sino penetrados hasta los huesos, os hace odiosos á los ojos de Dios. Desde el momento en que os ve tan grandes pecadores, no reconoce en vosotros su obra; solo ve en vosotros unos vasos de cólera, dignos de ser arrojados al fuego. En tanto que permaneceis en ese estado no acepta vuestras alabanzas ni vuestros sacrificios; vosotros no teneis derecho alguno á su misericordia, á su proteccion ni á su amor; vosotros no teneis derecho mas que á su indignacion y á sus venganzas; él no puede inclinar los ojos hácia vosotros sino para castigaros (*Psal.*) Mirad al Hijo de Dios entregado al furor de las pasiones humanas, solo, desnudo, sin que nadie se encargue de su defensa, ni le consuele en sus penas; abandonado de la tierra, parece que lo está tambien del cielo; despreciado de los hombres, parece que está abandonado de Dios de tal manera que no puede detener la queja en sus labios. ¡Pues bien! Jesucristo es en este estado la imágen viviente del pecador obstinado que incurre en el abandono de Dios y en la privacion de todo consuelo por parte de los hombres.

Considerad que en rigor de justicia el pecador deberia permanecer siempre bajo el peso de este abandono, especialmente si despues de haber obtenido la reconciliacion que el Redentor le habia merecido por su oracion ha vuelto á caer en el pecado, y sobre todo si de esta misma facilidad de obtener el perdon ha hecho un motivo de nuevos desórdenes y de penitencia, correspondiendo así á un esceso de bondad con un esceso de ingratitud. Sí, esos pecadores ingratos deberian permanecer para siempre en el estado que han elegido; dedeberian ser abandonados para siempre á sus propias pasiones y á las venganzas de Dios; y sin embargo no es así. A pesar de su voluntad criminal, á pesar de unos escesos tan graves y tan numerosos, no les priva Dios de sus auxilios. Y ¿ por qué ? Porque el Salvador, dice S Bernardo, al manifestar á su Padre los dolores de sus heridas, la ignominia de su persona y el horror de su muerte, pidió por nosotros, y al quejarse de su abandono intercedió para que Dios su Padre no le abandonase en nosotros que somos sus miembros, supuesto que jamás puede ser abandonado personalmente como cabeza. (*Tract. de Pass.*) Y así como su oracion fué oida á causa del profundo respeto y de la caridad infinita con que Jesus la acompañó, así tambien al consentir por un esceso de su misericordia en ser

abandonado esteriormente, nos libró del abandono interior y perpétuo á que el esceso de nuestra malicia nos hubiera justamente condenado.

Jesucristo, pues, fué abandonado para evitar que nosotros lo fuésemos, supuesto lo habíamos merecido muchas veces. Esta es la razon por que, mientras estamos en el mundo, no aparta Dios su vista de nosotros inexorablemente para castigarnos por nuestra insensibilidad. Aun cuando al cometer el pecado abandonemos realmente á Dios, este Dios tan bueno, en consideracion al abandono de su Hijo, no nos abondona jamás definitivamente por muchas que sean nuestras reincidencias. El camino para volver no se cierra jamás; la tabla de la penitencia está siempre de nuestra parte; la gracia de la conversion no se nos niega jamás; el seno de Dios está siempre abierto para recibirnos, y su mano siempre elevada para absolvernos. Sin embargo de haber llegado a una indigencia absoluta de todas las gracias por el abuso voluntario que hemos hecho de ellas, tenemos todavía á nuestra disposicion la gracia de la oracion, como la escala única por cuyo medio podemos salir del abismo profundo en que nos hemos precipitado, como el único cable á que podemos todavía asirnos para salir del naufragio que nos sumerge.

Entre tanto, apresurémonos á aprovecharnos de ella, porque si continuamos omitiendo la oracion que Jesucristo, por el abandono que sufrió, nos ha asegurado como nuestro último remedio contra el alejamiento de Dios, nos haremos indiferentes á ella, la desdeñaremos, y acabaremos por no recurrir á ella ni aun á la hora de la muerte. Porque nada hay mas fácil ni mas comun, decia S. Agustin, que ver á los que viven en un largo olvido de Dios morir olvidados de sí mismos, y diferir el tiempo de la penitencia y del arrepentimiento hasta que ya no tienen tiempo para arrepentirse, de modo que mueren abandonados de Dios sin que Dios les haya dejado.

El Salvador no se contentó con obtener de Dios que no nos abandone; él quiso tambien prepararnos los medios para que no nos olvidemos de Dios ni de nosotros mismos. Esto fué lo que hizo cuando pronunció esta consoladora palabra: « Tengo sed: *Sitio.* » Palabra que trato de esplicaros.

Despues de habernos Jesus asegurado el perdon, despues de habernos prometido el cielo, de habernos dejado por madre á su propia Madre, y de habernos alcanzado la gracia que nos salva del

abandono de Dios, parecia que nada le quedaba que decir ni hacer por nosotros antes de consumar su sacrificio. En efecto, S. Juan observa que despues de haber dicho el Señor las cuatro primeras palabras, vió que todas las profecías relativas á su vida y á su muerte se habian cumplido: *Sciens Jesus quia omnia consummata sunt*. Pero quedaba todavía una circunstancia anunciada por David; á saber, que habian de dar al Mesías vinagre para aplacar su sed. (*Ps.* 68.) Pues bien, esta prediccion no se habia cumplido todavia.

Es verdad que, como ya hemos visto, (conferencia 27.) al llegar el Redentor al Calvario, le prepararon los Judíos, como un confortativo, un vino corrompido y emponzoñado. Mas esta bebida, que le habia sido ofrecida espontáneamente por los Judíos, no cumplia la profecía cuyas palabras dicen claramente que el Mesías esperimentaria la sed; que manifestaria esta necesidad, y que en consecuencia de esta manifestacion le darian á beber vinagre. Por consiguiente, para cumplir esta profecía en sus mas pequeñas circunstancias, continúa S. Juan, Jesus moribundo lanzó desde la cruz este grito: « Tengo sed: » *Ut adimpleretur Scriptura, dixit*: *Sitio*.

Esta reflexion del santo Evangelista es admirable. Ella nos manifiesta que Jesus crucificado, olvidado del presente, solo se ocupa de la profecía hecha en el pasado y de los misterios que tienen por objeto la salvacion de todos los hombres, y con una gran serenidad de espíritu hace comparecer ante sí á todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella todo cuanto tiene relacion con su sacrificio, y procura cumplir todo cuanto en ella está figurado y anunciado. Esta reflexion nos revela que en medio de los gritos prolongados de sus enemigos, en medio de los dolores y de los oprobios que le abruman, siempre presente á sí mismo, todo lo ve, todo lo ordena y todo lo dispone á fin de consumar el gran sacrificio que ofrecido una sola vez conserva sin embargo toda su eficacia para santificar y salvar al mundo. Ella nos asegura que tantos tormentos y tantas ignominias no turban su espíritu, no oprimen su corazon, sino que lo dejan libre para pensar en nosotros y para amarnos; y que además de ser nuestro Dios, es tambien nuestro tierno padre y nuestro Salvador.

No hay tormento alguno que los pecadores no merezcan; por consiguiente desde que el Hijo de Dios, cargando con la maldicion de todos los pecados, se hizo como el pecado mismo, debia su carne

inocente sufrir toda clase de tormentos. Nosotros sabemos por esta palabra salida de boca del Redentor: « Tengo sed, *Sitio*, » que él sintió en su interior un fuego devorador, una sed abrasadora, escitada por sus largos y atroces padecimientos, por el viaje al Calvario y por la efusion de tanta sangre, de manera que, segun el profeta, su lengua quedó pegada al paladar, árida y seca como un vaso de barro puesto al fuego. (*Ps.* 21.) Nosotros sabemos por consiguiente que las únicas partes de su cuerpo que se habian librado de las heridas, esperimentaron tambien su tormento; que el hombre de pecado es en todos sus órganos el hombre del dolor; que el holocausto es completo, y la oblacion es perfecta.

Habian preparado al pié de la cruz segun el uso, ó mas bien por una disposicion divina, un vaso lleno de vinagre: *Vas ergo erat positum aceto plenum*. (Joan.) Al oir á Jesus quejarse de la sed que padeçe, uno de los verdugos toma una esponja, la sumerge en el vaso, y cuando se llena de vinagre la coloca en el estremo de una caña y la aproxima á la boca del Salvador: *Et continuo currens unus ex eis acceptam spongiam implevit aceto, et imposuit arundini, et dabat ei bibere*. (Matth.) Jesus aspiró con sus labios secos el licor amargo que le presentaron, y así se cumplió la profecía.

Ved aquí pues, esclama S. Agustin, como el Dios de bondad, que nos dá la frescura del agua y la dulzura de la miel, no recibe de mano de los hombres mas alimento que hiel ni mas bebida que vinagre. (*Calhen. in Psal.*)

Jesus, añade S. Ambrosio, no bebe este vinagre solamente para cumplir una profecía y para humedecer su lengua árida, sino tambien para consumar un misterio de su corazon amante. No pudiendo tomar realmente la acritud de nuestras impaciencias, de nuestros resentimientos y de nuestros rencores, la toma en el símbolo del vinagre, y haciéndola pasar por su boca y por sus entrañas divinas, la corrije y la modifica, asociándonos al mérito infinito de su uncion celestial y de su dulzura. ¡O dulce Salvador! ¡O inefable comunion! ¡O cambio precioso entre el Redentor y los hombres á quienes ha redimido! El toma de nosotros la amargura de nuestros vicios, y siendo él la verdadera vid, la ha convertido en el vino delicioso de su preciosa sangre (1). S. Hilario dice igualmente que al gustar el Señor nuestra amargura, corrigió todo lo que en nosotros estaba

(1) Bibit Christus amaritudinem meam, ut mihi refunderet suavitatem gratiæ suæ! (*In Ps.* 98.)

viciado, y lo convirtió en un néctar de inmortalidad de vida (1).

Pero no es esto todo. Al darnos á conocer Jesucristo que tenia sed, quiso manifestarnos tambien sus piadosos deseos. La sed que atormentaba su cuerpo era indudablemente una sed positiva y ardiente; pero era al mismo tiempo, dice S. Cipriano, el símbolo de la sed, todavía mas verdadera y mas ardiente que devoraba su corazon, es decir la de su amor infinito, la del deseo que le abrasa por la salvacion de los hombres. Esta sed es la misma de que se quejó Jesus á la Samaritana cuando le dijo : Mujer, yo tengo sed; ¿quieres darme de beber? (*Joan.* 4.) Jesus, segun observa el mismo Padre, no buscaba entonces el agua de la Samaritana, sino su fe, porque este Salvador lleno de amor tiene sed de la fe de todos aquellos por quienes ha vertido su sangre. Así pues cuando el Salvador dice á los Judíos : « Tengo sed, » no es agua lo que pide, sino la creencia en él; y estas palabras misteriosas pueden entenderse, segun S. Agustin, de este modo : Yo tengo un deseo ardiente de que este pueblo que me niega y se pierde crea en mi y se salve. (*In Joan.*)

¡Qué contraste sublime y abyecto, tierno y horrible al mismo tiempo entre el odio y el amor, la ferocidad y la compasion, la barbarie y la bondad! Los Judíos dicen á Jesus con una cruel ironía : « Desciende de la cruz : *Descende de cruce,* » y le provocan de ese modo á que interrumpa su sacrificio. Mas el Salvador responde á su provocacion sacrílega con una sola palabra : « Tengo sed : *Sitio,* » manifestando de este modo un deseo ardiente de consumar su sacrificio por la salvacion de ellos mismos. Cuanto mas indignos se muestran los Judíos con sus gritos insultantes de ser redimidos por él, tanto mas persevera Jesucristo repitiendo estas palabras de amor : *Tengo sed,* en la sincera y piadosa resolucion de salvarlos; como dice S. Pablo : La caridad divina y la gracia del Redentor se aumentaron entonces en proporcion del crímen de los Judíos, de su obstinacion y de su perfidia. (*Rom.*)

Los Judíos en su presuncion y su orgullo no comprendieron el misterio de amor encerrado en esta sed del Redentor, mientras que la Samaritana por su desconfianza en sí misma y por su humildad lo habia adivinado al momento. Así es que en vez de refrigerar como ella, con la bebida deliciosa de su fe, el corazon sediento de

(1) Potavit, ad se in communionem immortalitatis ea quæ in nobis erant vitiata, transfundens. (*In Matth.*)

Jesucristo, continuaron llenándolo de amargura con su obstinacion, sus insultos y sus blasfemias.

¿Quién creerá sin embargo que este crímen de los Judíos se reproduce diariamente entre los cristianos? Jesucristo sentado en el trono de su gloria, rodeado del esplendor de los santos, y en el gozo de una felicidad infinita, no solo como Dios sino tambien como hombre, no está ya sujeto á las privaciones ni á los dolores; pero si en su humanidad no puede ya sufrir la sed, sin embargo su corazon divino está todavía devorado por la sed ardiente de nuestra salvacion, como si faltase alguna cosa á su felicidad, observa S. Bernardo, mientras no la divida con nosotros; como si no fuera ya Dios, como si no se encontrase en compañía de los hombres redimidos con su sangre.

Hé aquí por que te dice á ti, desventurado hereje : *Tengo sed,* es decir, yo deseo y mando que profeses una fe humilde, sencilla, perfecta, clara, precisa, firme y acompañada con las obras; una fe cuyo fundamento sea la revelacion, su intérprete la Iglesia y su término la santidad; una fe en fin como la que se encuentra solo en la Iglesia Católica. ¿Y de cuántas maneras inefables no te manifiesta este ardiente deseo de que abandones el sendero del error y que entres en el camino de la verdad? *Tengo sed,* te dice por esas luces que hace brillar en tu espíritu, y que en ciertos momentos te hacen ver la verdad católica en toda su pureza y en toda su claridad. *Tengo sed,* te repite por esos deseos frecuentes que escita en tu corazon de volver cuanto ántes á la verdadera Iglesia y pertenecer á la gran familia de Jesucristo. *Tengo sed,* te dice finalmente por los ejemplos de tantos correligionarios tuyos como se convierten todos los dias en tu patria, y en un propia familia, y que el amoroso Jesus pone ante tus ojos á fin de darte el valor suficiente para romper la barrera de los respetos humanos. Además, el disgusto que tus mismas opiniones te inspiran y las dudas que atormentan tu inteligencia son otras tantas voces amorosas con las que él te habla, te llama y te hace conocer su deseo ardiente, su inmenso deseo de que vengas á buscar tu salvacion al seno del Catolicismo.

Y tú, desventurado desertor de la Iglesia, ¿de qué manera respondes, despues de tantos años, á la voz de su corazon? ¿Qué le ofreces para que apague la sed de su amor? ¿Cuál es tu fe? Es un símbolo redactado por algun tirano estúpido en el interés de su política, es la confesion improvisada por algunos heresiarcas sin

pudor, para acariciar las pasiones, es el conjunto informe de opiniones arbitrarias, vacilantes é inciertas, frutos monstruosos de algun cerebro enfermo, ó de tus razonamientos y de tu capricho. Pues bien, esta creencia no es otra cosa que un vinagre, supuesto que este licor no es mas que un vino corrompido, y que tus errores no son otra cosa que verdades alteradas. Así es que Tertuliano llama á los herejes taberneros infieles que mezclan el vino de las verdades cristianas con el agua cenagosa del error, componiendo así el vinagre de sus creencias y de sus símbolos erróneos. Los que atribuyen á Jesucristo, dice Orígenes, sentencias que no pronunció, y le suponen doctrinas inventadas por otros, colocan una esponja empapada en vinagre en la caña de la Escritura y la aplican á los labios del Redentor (1). Hé aquí, infortunado cristiano, que te obstinas contra la fe de la Iglesia, hé aquí el licor amargo que á ejemplo de los Judíos presentas al Redentor para que aplaque su sed, y te atreves á solicitar de ese modo su preferencia y su amor.

Tengo sed, te dice tambien á ti, mal católico, el Dios Salvador; es decir: Yo deseo ardientemente que pongas tu vida en armonía con tu creencia, y que todo cuanto haces sea santo y justo, así como todo lo que crees es verdadero. Yo deseo que despues de haber roto las cadenas del pecado, derramando lágrimas sobre tu vida criminal, vengas á implorar á mis piés el perdon que debe reconciliarte y salvarte. O almas queridas, criadas á mi imagen, fortalecidas con mis llagas, purificadas con mi sangre, y vivificadas por mi muerte; almas queridas, regeneradas en mi bautismo, educadas en mi escuela, hijas de mi Iglesia, colmadas de mis gracias, herederas de mi gloria, objetos de mi misericordia y de mi amor, ¿por qué os obstinais en perecer? *Sitio*: Yo tengo sed de vuestra salvacion. ¡Oh! ¡si supiceseis cuánto siente mi corazon perderos! » Tales son las advertencias que Jesus nos hace incesantemente por las luces del espíritu, las inspiraciones del corazon, los remordimientos de la conciencia, los temores, los disgustos y las amarguras que derrama sobre nuestra culpable felicidad.

Pero vosotros, pecadores, ¿qué le ofreceis para que apague su sed ardiente de misericordia y de caridad? Alguna oracion pronunciada distraidamente, algun acto de religion practicado por hipocresía,

(1) Qui alienat sentencias applicant Christo, quasi eas dicenti, hi spongiam impletam aceto imponunt calamo Scripturæ, et offerunt ori ejus. (*Hom. 35 in Matth.*)

alguna limosna hecha por vanidad, tal vez una misa oida cada semana por costumbre, una confesion anual hecha sin dolor, una comunion pascual recibida por respetos humanos, el perdon de las ofensas concedido por interés, la continencia del cuerpo acompañada del desarreglo criminal de la imaginacion y de la corrupcion del corazon. Pues bien, esto no es otra cosa que falsas virtudes y verdadero vicios; esto no es mas que un poco de bien aparente con mucho mal positivo y real; esto no es mas que una mezcla de virtudes y costumbres cristianas con las preocupaciones del siglo y las obras del mundo; en una palabra, no es mas que el nombre de católico ocultando una vida corrompida; obrar así con Jesucristo es darle á beber, no solo vinagre, dice Orígenes, sino vino mezclado con hiel; y con este horrible licor, que al mismo tiempo que provoca el enojo de Jesucristo os pierde á vosotros mismos, es con el que os lisonjeais aplacar la sed que él tiene de vuestra salvacion eterna, y con que creeis ser cristianos y salvaros.

¡Ah! no seamos tan ingratos á su amor, ni tan ciegos acerca de nuestro peligro. Cesemos de renovar así el crimen de los Judíos, si no queremos ser envueltos en el mismo castigo. Ofrezcamos al Señor el vino escogido que regocija á Dios y á los hombres, (*Judic.*) es decir, una fe pura y una vida cristiana, á fin de que en el dia de nuestro juicio particular merezcamos oir de la boca de Jesucristo estas palabras de amor: « Venid, benditos de mi Padre; venid, almas queridas: *Venite, benedicti Patris mei.* Yo tuve sed de vuestra santificacion y de vuestra salvacion, y vosotros os apresurasteis á aplacarla observando mis leyes, llorando vuestras culpas, y aprovechándoos de mi sangre y de mi redencion. Vosotros que me ofrecisteis tantas veces el precioso licor de las lágrimas de vuestra penitencia y el vino de vuestra caridad: *Sitivi et dedistis mihi bibere*, venid á recibir, en el reino que os está preparado desde la eternidad, la recompensa de la caridad que usasteis conmigo, procurando la salvacion á vosotros mismos: *Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum, quod vobis paratum est ab origine mundi.*

SEGUNDA PARTE.

Al beber Jesus el vinagre que los Judíos, por un refinamiento de crueldad, le ofrecieron para aplacar su sed, cumplió la última profecía. Así pues, cuando despues de recorrer en su tranquila imaginacion los cuarenta siglos que separaban el dia en que Adan murió

espiritualmente sobre el árbol prohibido del en que muere él mismo sobre el árbol de la cruz, conoce que nada faltaba ya á la grande obra que habia venido á hacer en el mundo, da á su corazon amante, dice el Evangelista, un testimonio solemne capaz de consolar el nuestro, diciendo en alta voz : « Todo está consumado : *Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit : Consummatum est.* » (Joan.) Es de notar, dice S. Lorenzo Justiniano, que el Salvador no habla de la consumacion de ninguna cosa particular, sino que dice en un sentido general y absoluto; « Todo está consumado, » para indicar que todo se cumplio en él y por él. (*De Christ. Agon.*) S. Agustin habia observado tambien con relacion á estas profundas palabras que el Salvador declaró en ellas que nada le quedaba que hacer ántes de morir. (*Tract.* 119 *in Joan.*) ¡O palabras inefables, cuántos misterios recuerdan! ¡o oráculo profundo, cuántas verdades encierra! ¡o grave sentencia, cuántos errores previene! ¡o declaracion preciosa, cuántos consuelos prepara! ¡o leccion sublime, cuántas virtudes recomienda!

¡Todo está consumado! *Consummatum est*; palabra que recuerda misterios muy profundos, pues que, segun el comentario, que de ella habia hecho David, el Hijo de Dios quiso decir á su Eterno Padre : Padre mio, vos me habeis dado una mision muy grave y muy difícil. Vos habeis querido que yo naciese en un pesebre, pobre, ignorado y humillado; que yo sufriese por espacio de treinta y tres años una vida laboriosa, molesta, oscura y llena de dolores; que yo terminase una larga carrera de tormentos con una muerte ignominiosa y cruel. Tal ha sido vuestra voluntad; yo la he cumplido en todo con la mas minuciosa exactitud. (*Ps.* 118.) El cáliz de vuestra cólera se ha derramado sobre mí hasta la última gota; ya nada tengo que hacer; mi obediencia se acaba con mi vida; mi carrera de dolores ha llegado á su término; la medida de mis sufrimientos y de mil ignominias está colmada; mi ministerio está cumplido; mi mision está terminada.

¡Todo está consumado! Oráculo profundo que encierra grandes verdades. Porque esto era decir en una palabra : Lo que está escrito con relacion al Mesias en el libro de los eternos decretos, lo que fué figurado en los patriarcas, anunciado por los profetas, representado en los sacrificios, prometido por Dios y esperado por el universo, todo está ya consumado. La esperanza de la tierra está ya satisfecha, los votos del cielo han sido oidos, el universo está rescatado, el demonio vencido, la sabiduría humana confundida, la concupiscencia refrenada, la idolatría abatida, la ley antigua abrogada, el velo de la Escritura desgarrado, el Evangelio descubierto, Dios conocido, el hombre salvo, la Iglesia fundada, el verdadero sacerdocio establecido, la nueva alianza sellada, y la ley del antiguo temor, propia solamente para formar esclavos, ha sido sustituida por la ley de adopcion de los hijos de Dios. Finalmente la plenitud de los tiempos ha llegado, el gran consejo de sabiduría, de poder y de misericordia, meditado ante todos los siglos y destinado á mudar la faz del mundo, se ha cumplido en el tiempo para durar por toda la eternidad : *Consummatum est.*

¡Todo está consumado! Sentencia grave que previene muchos errores. Porque esto quiere decir que no quedan ya mas misterios que descubrir, mas verdades que revelar, mas leyes que imponer, mas auxilios que preparar, ni mas bienes que prometer, y que la razon no tiene ya nada que investigar, ni la filosofía cosa alguna que inventar para el culto de Dios, para la salvacion del hombre y para la perfeccion de la sociedad. ¡Todo está consumado! Es decir, ya no es tiempo de raciocinar sino de creer; no es tiempo ya de discutir sino de obrar. Ninguna otra doctrina, ninguna otra ley, ninguna otra religion es ya posible. La humanidad no encontrará jamás una cosa mas perfecta que la religion del Calvario, la doctrina de Jesucristo y el código del Evangelio. El verdadero progreso consiste en el perfecto desarrollo, en la aplicacion sincera y en la práctica fiel de esta religion, de esta ley y de esta doctrina. Fuera del Cristianismo no se encuentra otra cosa que ignorancia de Dios, degradacion del hombre y ruína de la sociedad. ¡Todo está consumado! Es decir : Los inventores de nuevas religiones no son mas que impostores que reciben sus inspiraciones del infierno, y no del cielo; que halagando al hombre, le corrompen y le pierden; y que afectando honrar á Dios, le insultan, le blasfeman y le ocultan al conocimiento de los hombres : *Consummatum est.*

¡Todo está consumado! Declaracion preciosa que promete grandes consuelos. Porque el Salvador quiso deciros entonces : O hijos de los hombres, vosotros nada teneis ya que temer; vuestras deudas están satisfechas, vuestro rescate está pagado; se ha satisfecho por vosotros á la justicia de Dios; la sentencia de condenacion está anulada, la reconciliacion está estipulada, el perdon está prometido, la participacion de la gracia está asegurada, la bendicion divina pedida para vosotros se ha obtenido, vuestra resurreccion está decretada,

el cielo está abierto, el camino de la salvacion eterna está preparado; todo está provisto; todo está dispuesto : *Consummatum est.*

¡Todo está consumado! Esta palabra en fin es una leccion sublime que recomienda grandes virtudes. Porque el Señor nos ha anunciado claramente por esta esclamacion : Que él no esperó el instante de su muerte para obrar nuestra salvacion, sino que dedicó á ello todos los dias de su preciosa existencia; que en el Calvario no ha hecho otra cosa que dar la última mano á la obra que habia comenzado desde la cuna, en la gruta de Belen; que toda su vida no fué otra cosa que una ofrenda continuada de sí mismo, por la que alcanzó para siempre la conversion de los pecadores y la santificacion de los elegidos, y que, á ejemplo suyo, no debemos esperar nosotros la hora de la muerte para aplicarnos el fruto de su oblacion. En efecto, supuesto que Jesus no vivió ni murió sino para salvarnos, nosotros no hemos venido al mundo, ni vivimos en el mundo sino para salvarnos á nosotros mismos, de modo que no solo en nuestra última hora, sino durante el curso de nuestra vida debemos pertenecer á Dios: *Sive enim vivimus, Domino vivimus: sive morimur, Domino morimur. Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus.* (Rom. 14.)

Mas ¡ay! ¡pensamiento funesto, vergonzosa contradicion! ¿De qué nos servirá, hermanos mios, que Jesucristo se sacrificase por nuestra salvacion, si nosotros somos tan tibios, tan indiferentes y tan indolentes para ocuparnos de ella? Lo que Jesucristo solo podia hacer por nosotros está ya concluido, pero lo que depende de nosotros no se ha principiado aun. Nosotros hemos invertido nuestros mejores años en proporcionarnos una posicion brillante en el mundo; nosotros hemos abusado de nuestra salud y de nuestra vida para perdernos; nosotros no hemos hecho nada aun por nuestra salvacion. Nosotros no hemos pensado jamás en ella de un modo serio; lejos de ocuparnos de este gran negocio, hemos diferido de año en año nuestra conversion, hemos vivido y vivimos todavía como si nuestra existencia no debiera acabar, como si el tiempo estuviera en nuestra mano, como si la eternidad no debiera comenzar jamás; y de este modo dejamos la obra tan difícil de la salvacion eterna para el último instante, en que solo deberíamos terminarla y decir : *Todo está consumado.*

¡O Dios mio! ¿es cosa tan fácil arreglar unas cuentas generalmente muy complicadas en el momento en que es necesario satisfacerlas?

Morir como cristiano y salvarse es morir con una fe viva, una esperanza firme, una caridad pura, un dolor sincero y un odio profundo y sobrenatural de los pecados; es detestar y aborrecer todos los vicios, amar y practicar todas las virtudes, borrar todos los escándalos, enmendar todas las confesiones sacrílegas, reparar todas las injusticias, romper todos los lazos, no pensar mas que en el cielo, despreciar la tierra, desprenderse de los hombres y no aspirar mas que á Dios. ¿Y es fácil hacer todas estas cosas cuando el espíritu turbado conserva apénas la conciencia de sí mismo; cuando las fuerzas nos abandonan; cuando toda pesa, molesta y abate? ¿Es fácil formar en pocos instantes un penitente fervoroso y sincero de un hombre para quien la virtud ha sido estraña, el vicio familiar y la penitencia desconocida? ¿Es fácil formar un cristiano de un hombre profano, en el momento en que, anonadado y próximo á su destruccion, no es mas que la sombra fugitiva de un hombre, una figura que causa horror? Lo único que podrá hacerse entonces será paliar nuestros vicios, y no destruirlos; disgustarnos de nuestros pecados, y no arrepentirnos de ellos; ponernos una máscara engañosa de penitencia, que dejará subsistir nuestros desórdenes en el fondo del corazon en toda su integridad, y morir en el pecado.

¡Ay! apresurémonos desde ahora á hacer lo que quisiéramos haber hecho á la hora de la muerte: *Et dixi: Nunc cœpi.* (Psal.) Si hasta ahora hemos sido demasiado pródigos de nuestros años, basta ya: *Peccasti? quiesce.* (Eccles. 21). Detengámonos en el camino del desórden; ya es algo tarde, pero por lo mismo debemos hacerlo cuanto ántes. Formemos la resolucion de utilizar para nuestra salvacion estos santos dias de penitencia, de gracia y de perdon. Principiemos por una conversion pronta y sincera, de tal modo que en nuestra última hora no falte mas que consumar y completar una obra comenzada mucho tiempo ántes. Hagamos por nosotros mismos lo que Jesucristo hizo por nosotros, á fin de poder, llenos de la confianza de los justos, repetir con él en aquel terrible momento : La obra de mi salvacion está consumada: *Consummatum est.* Así sea.